

## RESEÑA

**Gabriel Di Meglio. *iViva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el Rosismo*, Prometeo Libros, 2007, 364 p.**

**Por Paula Salguero**

---

*Centro de Estudios Histórico Rurales, Universidad Nacional de La Plata*  
[paulasalguero@gmail.com](mailto:paulasalguero@gmail.com)

Gabriel Di Meglio nos presenta un trabajo minucioso y documentado, sobre el rol de los sectores populares en la política, desde la Revolución de Mayo hasta la llegada al poder de Juan Manuel de Rosas. Un recorrido que no sólo considera a la política como la disputa por el poder, sino que examina todas las actividades relacionadas con sus formas públicas de manifestación. El libro presenta las conclusiones de su trabajo de doctorado, advierte que es la culminación de un largo proceso pero sin duda será el punto de partida de nuevas exploraciones.

Un cuadro de negritos y mazamorreras a las puertas del Cabildo es el punto de partida para algunas de las cuestiones que explorará en el resto de la obra: ¿Cuánto contribuyeron aquellos, en el periodo formativo de la política porteña?, ¿Tan sólo festejaron los logros de las deliberaciones ajenas, o fueron partícipes necesarios de las transformaciones?

En la introducción, aclara los aspectos teóricos y metodológicos sobre los que se estructura la obra, y precisa los recortes en tiempo y espacio: desde 1810 hasta fines de 1829, cuando el nuevo sistema político redefiniría las formas de participación política plebeya. En lo conceptual, establece su objeto de interés en todos aquellos que compartían una posición subalterna en la sociedad por color, ocupación, falta de “*respetabilidad*”, pobreza material, dependencia o analfabetismo. Habla en términos de “*un conglomerado heterogéneo y diverso, multiocupacional, multiétnico y sin duda internamente jerarquizado*”. A la vez, descarta el uso de la noción de clase, -en razón del carácter preindustrial de la ciudad-; y admite la categoría de plebe, que ya era usada por

la elite de la época para denominar a los que estaban en lo más bajo de la pirámide social.

En este primer apartado, observa las limitaciones teóricas y metodológicas que supone el estudio de este amplio sector de la sociedad; por los escasos testimonios escritos en razón del extendido analfabetismo; y porque las memorias, autobiografías y relatos de viajeros (que suelen ser más completos) fueron escritos con demasiado tiempo de distancia a los hechos. Presenta así, las fuentes que nutren su estudio y las estrategias que ha aplicado para su manejo. Lleva adelante un continuo contraste de voces, con el que acredita una argumentación propia. Confronta la impresión de extranjeros junto a otros registros como correspondencia privada, periódicos, documentos producidos por el gobierno, el Cabildo y la policía; pero también una selección de expedientes judiciales, reservorio en el que considera un contacto menos mediado.

Vinculada a los trabajos de historia popular que fundaron los historiadores marxistas de Gran Bretaña y Francia, a la microhistoria italiana y los estudios subalternos de la India, este trabajo acerca la plebe de Buenos Aires a las imágenes de las masas retratadas hace más de medio siglo en las ciudades preindustriales europeas.

Dedica un primer capítulo a la descripción general del escenario y de los sujetos. La pintura retrata tanto las características espaciales, sitios y lugares donde tuvieron lugar los hechos, como los rasgos sociales que definieron a esos sectores bajos. Reseña una Buenos Aires dinámica, cuyo protagonismo mercantil, administrativo y demográfico en ascenso era ya percibido por diplomáticos, naturalistas y comerciantes. Detalla el núcleo urbano, las calles en damero, las áreas militares y las de mercado. Resultan novedosos ciertos guiños que establece con el lector como alusiones a la edificación, nombres de calles y espacios físicos de la actual ciudad de Buenos Aires. Transmite las impresiones sobre las zonas peligrosas, las más “paquetas”, las que ocupaban los vendedores callejeros y las de la religiosidad. La panorámica geográfica, revisa los puntos más destacados como plazas e iglesias; los lugares más frecuentados por artesanos, negros, y aún la ubicación de pulperías, cuarteles y otros espacios de la sociabilidad política porteña. Trabaja a partir de indicios para precisar quiénes estaban por debajo de la pirámide social. Pureza de sangre, decencia, condición de vecino; ocupación; lugar de nacimiento; pobreza material, pericia para la escritura y lugar de residencia son algunos de sus criterios. Dedicar importante apartado a la vestimenta como señal explícita de las diferencias sociales, y en numerosas ocasiones en la obra, habrá de referirse a los de “*casaca y levita*” por oposición a los de “*poncho y chiripá*”. Analiza el

perfil demográfico de este segmento de la población, contrastando los censos de 1810 y 1827. Examina aspectos como edad de reclutamiento, la estructura de los hogares, establece pirámides de población, atiende a la evolución en el estado civil de hombres y mujeres, a la proporción de habitantes negros y pardos, al origen, a las actividades de subsistencia y a los oficios en que se ocupaban. Sobre este particular, el libro ofrece un interesante anexo que grafica y sintetiza las observaciones. Así, el cruce entre datos cuantitativos con cualitativos, le permite entrever por ejemplo, que la extensión de la categoría don/doña lejos de marcar un progreso social en los habitantes, señaló la democratización de la distinción para fines del periodo estudiado.

Un segundo capítulo explora los antecedentes y el ingreso de la plebe a la escena política. Entiende que los ataques británicos, implicaron un giro radical y la irrupción de una agitación militar inédita. El autor vincula allí por primera vez, la inestabilidad política a cierta intranquilidad de los sectores acomodados. Admite una falta de coordinación general y una gran movilidad de los defensores en ambas ocasiones, interpreta en aquellos triunfos el refuerzo de la identidad localista, cuyo rol sería decisivo en todo el periodo posterior. Evidencia la participación plebeya en esta modificación radical de los cuerpos voluntarios, y destaca los nuevos canales de comunicación con las elites locales. El autor determina tres prácticas de participación que irrumpen en el Río de la Plata con la ruptura del vínculo colonial. En primer lugar la intervención en las disputas facciosas, ya desde las diferencias entre saavedristas y morenistas, aunque la plebe no participó directamente, el vínculo con ambos grupos no fue el mismo. Una segunda práctica en las celebraciones callejeras que ganaron la población a la causa. Esta función ritual de convivencia, fue para el autor reapropiada desde 1811, y habilitó la participación activa en los festejos por la Revolución, con un entusiasmo masivo auténtico que no puede interpretarse como mera cooptación. La tercera forma de participación fue la de los motines protagonizados por sargentos, cabos y soldados; conflictos donde aparecía además la diferencia entre oficiales y tropa.

Un tercer capítulo, avanza sobre el período de guerra independentista y se detiene en algunos sucesos ocurridos entre 1812 y 1818. Desarrolla los avatares plebeyos ante las divisiones de los dirigentes, las actitudes oscilantes y las solidaridades en términos de afinidades y resentimientos. Reconoce que las facciones se extendieron hacia los sectores bajos y medios, devela los contactos que la elite manejaba por fuera de ella, fundamentales en el reclutamiento de clientelas. A las referidas Fiestas Mayas se sumaron los festejos por la Independencia y las celebraciones masivas por cada victoria

bélica. En la primera década la politización transformaría decisivamente los espacios urbanos, los discursos cotidianos, los reclamos ante la justicia y las demandas de esclavos, de presos y aún de mujeres. Expone una vida militar complejizada con nuevas formas y lugares de alistamiento; y evidencia cómo entraron en juego allí, las variables de raza, ocupación, pobreza, o procedencia como determinantes de vulnerabilidad. Destaca la frecuencia y motivaciones de las deserciones, que se triplicaron para la segunda mitad de la década, se orientaron a la campaña o al Litoral y se explicaban por los malos tratos o la falta de pago. Di Meglio las contempla como una forma cotidiana de resistencia a la autoridad, un rasgo de insubordinación en las que entrevé un contenido político; a diferencia de los motines, que interpreta más como acciones colectivas que fueron el resultado de problemas coyunturales.

La crisis que para el autor se revela desde el verano de 1819 y desequilibra todo el año 1820 es propósito del cuarto capítulo. Allí muestra, que aquellos a los que llama “*los sanculotes despiadados*” consolidaron su presencia como actores en la política urbana. Menciona que desde 1819, la cuestión antiportuguesa se intensificó en las calles como una causa más de intranquilidad. Advierte los rumores y noticias de retorno de Fernando VII en las conversaciones callejeras y la animosidad contra los españoles. Di Meglio deduce que un motín de pardos y morenos en febrero de 1820, tuvo componentes novedosos y sumó la cuestión racial a la disputa política. Otra conspiración fallida en marzo sólo representó una confabulación frustrada, pero la plebe siguió de cerca los conflictos en aquel año clave, y fue protagonista en las contiendas militares, decisivas en el posicionamiento de Buenos Aires. En octubre este sector social se consolidaría como un actor de la política, y tras manifestar su desacuerdo por la designación de Rodríguez sería derrotado junto a los líderes del “*partido popular*” por la acción contundente de la elite. Esta ampliación en el grado de movilización plebeya, pone en evidencia la popularidad que habían tenido el Cabildo y los líderes intermedios para lograr influencia y motorizar la acción. Es aquí donde la figura de Dorrego comienza a encarnar el ideal masculino del período por su valentía personal, su temeridad y algunos gestos que lo distinguían de otros oficiales para acercarlo a los componentes populares.

Un quinto capítulo evalúa los cambios y continuidades tras la caída del sistema revolucionario. Di Meglio cuestiona que las reformas rivadavianas hayan significado una *feliz experiencia* para los sectores populares, pondera en qué medida el gobierno había capitalizado la legitimidad existente y las razones de la concurrencia a movilizaciones. Se detalla cómo las nuevas medidas impactaron en la campaña y en los espacios urbanos,

si bien estimularon la actividad económica, los miembros de la plebe interpretaron el ordenamiento como amenazas de persecución. Los controles de documentación repercutieron en conflictos por abusos de autoridad, la policía instrumentó una vigilancia que colocó la cuestión de la vagancia nuevamente en el centro de la escena debido a la nueva necesidad de soldados. La calma era aparente, en marzo de 1823 el descontento por una de las reformas de Rivadavia sumaría la cuestión religiosa como otro mecanismo que precipitaría la disidencia. Los gritos de ¡viva la religión, viva la Patria, muera el mal gobierno! justificaron un motín que organizó Gregorio Tagle con el objeto de “*restablecer el Cabildo*”. La asonada que registró la prensa y los testimonios del posterior proceso, fueron indicadores del pensamiento plebeyo, y revelaron sus nociones de legitimidad, sus concepciones de buen gobierno y los imaginarios de la agitación política surgidos con las transformaciones posrevolucionarias.

Completa el análisis, el papel que jugaron estos actores en las contiendas electorales y en las disputas por el poder. Subraya el rol central de los liderazgos horizontales y los espacios donde se obtenían votantes. Apunta las intrigas y oposiciones previas a la guerra con el Brasil, y el clima inicial de triunfalismo que se vivía en la ciudad. Sin embargo, reaparecieron las deserciones, motines y oposiciones a los reclutamientos forzosos, cuando la provincia se convirtió en la principal proveedora de soldados. Explora ese clima de agitación, no como respuesta a las disputas entre los líderes políticos sino como parte de un malestar generalizado por los efectos de una guerra cuyas secuelas se sentían en la economía cotidiana y la precariedad de la subsistencia. Delinea la emergencia de Dorrego destacando cualidades personales y vinculado al consenso popular. Sin sorpresas, el autor repara que cuando el unitarismo rompió con el orden institucional, el gobernador no adoptó posturas cesaristas aprovechando el capital político sino que orientó sus acciones al inevitable desenlace. Enfatiza la legitimidad endeble de Lavalle, y el consecuente surgimiento del comandante de milicias, Juan Manuel de Rosas. Así en 1830, como al comienzo del periodo, por las aclamaciones públicas estos sectores reconocerían a sus nuevos líderes y la participación de la plebe en la política lejos de desaparecer transformaría sus modos de protagonismo.

Esta investigación, no sólo atiende la voz de aquellos que fueron poco considerados por la historiografía, sino que recalca el carácter necesariamente colectivo de las etapas formativas de la política argentina. Di Meglio rescata hacia el final de la obra, los elementos de continuidad en la participación política de estos sectores. Señala así, que la plebe urbana intervino activamente, aunque guiada, en las luchas facciosas

que se formaron en la dirigencia posrevolucionaria. Se manifestó masiva y públicamente, de forma pasiva y armoniosa. Los rumores y pasquines fueron decisivos a la politización, cotidianos en la medida que incentivaban la sociabilidad en pulperías, cuarteles, mercados; y estimularon la circulación de canciones patrióticas, discusiones sobre medidas gubernamentales y cuestiones bélicas.

La movilización militar y la participación en el ejército fueron otros grandes motores. Desde el impulso de las Invasiones Inglesas y a lo largo de todas las contiendas, el bajo pueblo ingresó a los cuerpos regulares y a las fuerzas milicianas. Allí anudó vínculos, reforzó identidades e inauguró la práctica inédita de los motines empujados por plebeyos. También describe la alta movilidad de estos sectores, vulnerables a las migraciones causadas por las guerras, a las levas, a la fragilidad en la estructura laboral y a la precariedad de la vivienda. Señala que en estos contextos aparecieron nuevos liderazgos, integrantes de los sectores medios (como pulperos o capitanes) que emplearon la influencia social, la ocupación o el carisma como motor de movilización.

De este modo para el autor, la participación política tuvo motivaciones diversas, en estrecha relación con la conflictividad social del periodo. Los sectores bajos se habrían apropiado, y hasta resignificado la identificación con la Patria y del amor por la tierra cuando se sumaron a la causa de la Revolución. Adherida a la nueva legitimidad, la plebe nunca discutió el republicanismo, en todo caso presionó por su adecuado ejercicio cuando protestó contra el mal gobierno. Soportó la pesada carga de la guerra cuando en las primeras décadas era vivida como una empresa colectiva, pero en los años de 1820 no silenció su animadversión hacia la aristocracia, aunque lejos de buscar la autonomía plebeya se alineó con aquellos miembros de la elite que se acercaban a sus expectativas.

Este trabajo expone una amplia variedad de documentos que prueban la presencia de plebeyos en la mayoría de los acontecimientos políticos en las dos primeras décadas posteriores a la Revolución. No discute la tesis tradicional de que efectivamente aquellos que conducían los sucesos, pertenecían a las clases dirigentes; no obstante rastrea las vías de adhesión que se establecieron hacia abajo a través de la milicia, las redes municipales y la difusión de comunicados.

El autor no se aparta de las líneas rectoras que han analizado este período en los últimos treinta años, referentes ineludibles para un estudio de este tipo. No obstante sostiene que muchas veces los sectores populares fueron considerados como una suerte de *coro* de las elites políticas y económicas que guiaron las transformaciones,

desatendidos por la historiografía tradicional, colocados como meros actores de reparto. Desde esta perspectiva, el trabajo sin duda es un aporte que extiende y profundiza esta línea de argumentación histórica.

Circunscripto a las formas de sociabilidad y politización de la capital porteña, servirá de base a investigadores que se interroguen sobre otras dimensiones y padecimientos que afectaron a la plebe, la relación de este grupo social no ya con la política sino con otras formas de la vida cotidiana, materiales o discursivas. También podrá articularse con producciones de otros centros urbanos importantes como Córdoba, Cuyo o las provincias del norte; donde probablemente el tiempo de los cambios revolucionarios se desencadenaron con distintas gradaciones.

Establece una química interesante entre la investigación histórica y una narrativa literaria. La calidad de la escritura, ofrece un relato que relaciona la cadencia de los acontecimientos políticos con la intervención oportuna del documento probatorio. Constituye un instrumento para investigadores pero no solamente, aporta en lo historiográfico y significa una herramienta para estudiantes y docentes.